

go quien me proteja, ni elementos propios.

—A un hombre digno, le bastan los cuatro elementos naturales: agua, tierra, fuego y aire; pero usted no tiene vergüenza.

—Padre, por Dios, interrumpió Genoveva llorando. Nosotros no le hacemos á usted ningún daño, ni le molestamos con peticiones, ni con quejas.

—¿Crees que tengo sangre de horchata? ¿Quién puede ver con tranquilidad este cuadro?

Blas, nuevamente excitado, pensó contestar á su suegro: "Pues no lo vea usted; váyase y no vuelva." Pero Genoveva lo adivinó, y, adelantándose, repuso:

—Ni mi hijo ni yo nos quejamos; todos estamos contentos.

—¿Con que sí, eh? Pero eso es porque tú y mi nieto tienen alma de esclavos, como dice Damiana.

—Padre, gimió Genoveva, ¿cómo le he de creer á usted que venga á aumentar nuestras penas!

—Porque soy un monstruo; pero ya me lo agradecerás más tarde. ¡Ea, continuó don Ignacio dirigiéndose á Blas, póngase vd. el jaquet, tome el sombrero y sígame!

—¿A dónde le lleva vd.? preguntó Genoveva.

—¡Al trabajo! gritó don Ignacio.

Blas, intimidado de nuevo, obedeció sin chistar, y se puso el jaquet y el sombrero. Con esto don Ignacio salió por la puerta como una saeta. La joven aprovechó aquel momento para abrazar á su esposo y decirle al oído:

—Dispénsale, Blas, es mi padre. No tardes en volver.

El agrónomo por toda respuesta, besó le frente de Genoveva y voló á reunirse con su suegro.

## IV

No había pasado una hora, cuando volvió Blas á su casa más triste y cariacontecido que nunca.

—¿Por qué has vuelto tan triste? le preguntó su mujer. ¿Ocurre alguna novedad?

—Sí, dijo el marido, me he quedado sin mi reloj.

—¿Te lo robó algún ratero? investigó la joven, palideciendo.

—No, lo voy á perder por culpa de don Ignacio.

Diciendo esto se echó el infeliz sobre una silla, dejó caer la cabeza entre las manos y lloró como un chiquillo. Aquel

reloj, remontoir, de repetición y de tuerte caja áurea, era la única herencia que había recibido de su padre. Le tenía gran cariño, y nunca, ni en medio de sus mayores miserias, había querido venderle. Varias veces había manifestado á su consorte el deseo de ser enterrado con él.

—¿Por qué dices que por culpa de mi padre? articuló tiernamente Genoveva, apartándole las manos de la cara. ¿Por qué dices eso?

—Porque él la tiene, prosiguió el joven con irritación; porque es imposible sacar el reloj de donde está ahora.

—¿Lo empeñaste?

—Sí, en veinte pesos.

—Eso no es nada; cualquier día lo recobras.

—No, no, murmuró Blas moviendo la cabeza con desconsuelo; nunca reuniré esa dinerada para sacarlo del montepío. Vencerá el término de la boleta, y lo perderé.

Genoveva comprendió que su esposo tenía razón, y, á falta de palabras de aliento que prodigarle, procuró distraer su imaginación con nuevas preguntas.

—¿Cómo pasó eso? No me lo has dicho. ¿Quiso papá que te proveyeras de fondos para nuestros gastos?

—No fué eso. Quiso que me proveyera de fondos para trabajar, que me hiciese

de un puntalito que me sirviese de apoyo.

—De modo que ahora vienes rico, dijo la joven fingiendo buen humor. ¡Oh! ¡señor adinerado!

Y con amable confianza golpeó con la punta de sus rosados dedos, los bolsillos del chaleco de Blas; pero asombrada, no palpo ninguna moneda.

—¿Qué dinero ni qué niño muerto! gimió Carranza. Eso es lo más triste del caso. Vuelvo como me fui: sin un centavo en las faltriqueras.

Genoveva abrió desmesuradamente los ojos.

—Pues entonces ¿qué ha sucedido? dijo.

—Lo que ha sucedido es que mis veinte duros se has convertido en papel, repuso Blas con indignación, sacando del bolsillo del jaquet un billete de lotería.

La joven se quedó petrificada. ¿Gastar veinte duros en un billete de lotería, cuando no había lumbre en la cocina y estaban faltos de todo, desde vestido hasta zapatos, él, ella y el niño! El joven comprendió en la expresión del rostro de su compañera lo que estaba pensando.

—¿Pero te imaginas, mujer de Dios, que soy capaz de hacer esa locura?

—Pues entonces ¿quién?

—Tu padre, don Ignacio, mi suegro...

—¿Cómo pudo ser eso?

—De un modo muy sencillo. Salimos de la casa mudos y sin acercarnos el uno al otro. El iba delante, muy de prisa, y yo le seguía como iba pudiendo. De pronto, al pasar por el montepío del español don Quintín, que está en la esquina, se paró y me preguntó si había traído mi reloj. Repuse que sí, y me lo pidió con imperio. Tan pronto como lo tuvo en las manos, entró en el montepío, y lo entregó al español preguntándole cuánto prestaba sobre él. Mientras éste lo examinaba, pregunté á don Ignacio qué significaba todo eso, y me contestó que era ridículo trajese yo aquella alhaja cuando no había más que hambre en mi casa, y que iba á empeñarla para darme algún dinero que me sirviese para negociar. Protesté alegando que aquel reloj era la única prenda que me quedaba de mi padre, que lo quería entrañablemente y que no convenía en ponerlo en peligro de que se perdiese. Me contestó con un gruñido, y cuando dijo el prestamista que podrían darse sesenta pesos sobre aquel objeto, pidió tu padre todo ese dineral. Pero yo, exasperado, me negué á prestar mi consentimiento para tan cuantiosa operación, comprendiendo que á medida que fuese mayor la suma que diese el montepío, más difícil me sería rescatar después el reloj. Tu padre insistía en su idea, pero como me negase á

apoyarla, declaró el dependiente que, supuesto que era yo el dueño de la prenda, no daría sobre ella ni un centavo sin mi consentimiento. Tu padre furioso, fué disminuyendo gradualmente sus pedidos y yo continué negándome á acceder á sus exigencias. Así bajó de cincuenta á cuarenta, y de cuarenta á treinta pesos. Al llegar á veinte, no tuve ya valor para resistir, temeroso de que me pegase en el mismo establecimiento. Don Ignacio recogió los fondos y me dió la boleta al salir del montepío. Por el camino me fué apostrofando por no haber querido recibir más dinero, y declaró que con aquella bicoca no se podía emprender nada, y que lo mejor que podría hacer con ella era arrojarla al muladar. Pensaba yo, entretanto, que, siendo así las cosas, no entendía por qué habíamos empeñado el reloj, y que si los veinte pesos no servían para nada, sería lo más cuerdo volverlos al prestamista. Con prudencia le insinué esta idea; pero habiéndome dado por respuesta una mirada feroz, no volví á chistar, y seguimos caminando al acaso. Casualmente pasamos frente á un estanquillo de tabaco. Allí, deteniéndose un momento, me dijo que se le ocurría una idea brillante: invertir mis fondos en un billete de la lotería de cien mil pesos que hoy mismo iba á celebrarse; que así me haría rico de una vez, si la

suerte me era propicia. Agregó tu padre que él mismo había tomado de su caja lo necesario para comprar otro billete. Con esto entró en el estancillo sin más preámbulo, mientras yo me quedé esperándole en la acera. A poco salió con los dos billetes en la mano. Los números por él escogidos fueron un 3,312 y un 777. Vaciló antes de entregarme uno ú otro, y al fin me dió el 3,312. Hecho esto, me despidió con ironía diciéndome que me volviese á casa á entablar mis vegetales y á remendar mis macetas, mientras se ponía en claro mi suerte. Y aquí me tienes, Genoveva, concluyó Carranza, sin reloj, sin dinero, y con este delgado, trasparente é inútil papelillo por toda compensación de mis desventuras.

—¡Válgame Dios! dijo la joven con manifiesta pesadumbre, ¡y pensar que hubiéramos podido hacer tantas cosas con esos veinte pesos!

—Es lo que digo. En último resultado, una vez empeñado el reloj de mi padre, hubiéramos podido salir de algunas congojas con los veinte duros.

—Yo no tengo fe en loterías, prosiguió Genoveva desdoblando el papel.

—Ni yo, agregó el esposo. Hasta ahora, no he visto que nadie se las saque; y conozco muchas pobres gentes que se han sacrificado toda su vida por comprar estos malditos billetes....

—Sea todo por el amor de Dios, concluyó la esposa con resignación doblando nuevamente el papel y guardándolo en la faltriquera. ¡Reloj y dinero perdidos!

## V.

Comían Blas y Genoveva cuando se abrió la puerta con estrépito y entró Damiana. Ni siquiera se le ocurrió saludar. Fuese en derechura al joven y le dijo:

—¿Por qué haces esas cosas con mi padre?

—¿Qué cosas? preguntó azorado el pobre hombre.

—Estas, continuó la harpia blandiendo en la mano el otro billete.

—¿Esas? insistió Carranza sin saber lo que decía.

—¡Sí! ¡éstas! ¡éstas!, gritó la solterona dando casi con el papel en las narices al interpelado. Parece que no quiebras un plato, riegas macetas, no trabajas, pero sabes abusar cuando puedes de las personas respetables.

—¿Por qué no hablas claro? intervino Genoveva con indignación. ¿Qué derecho tienes para tratar así á mi marido?

—El derecho que me da la defensa de

mí padre.... de tu padre, insistió, dirigiéndose con reproche á su hermana, mal que te pese.

—Don Ignacio no necesita que nadie le defienda, objetó Carranza. ¿De qué se queja? ¿No ha hecho de mí lo que ha querido? ¿No me ha obligado á empeñar mi reloj?

—Y ha hecho muy bien; tú mismo deberías haberlo empeñado desde hace años. Y te has vengado lindamente de ese favor que te hizo.

—¿De qué manera? preguntó asombrado el joven.

—Tomando para tí el billete de mejor número.

—¡Mentira! repuso Blas exasperado; me dió el que quiso. El fué quien escogió el suyo.

—Suponiendo, replicó la solterona. Aceptaste sin chistar ese acto de desprendimiento, y metiste el buen día en casa tomando lo que te ofrecía....

—No hice más que obedecer.

—Anda, mosca muerta; engaña á quien quieras, á esa simple (y apuntó á Genoveva,) pero conmigo no juegas.

—En fin, saltó Genoveva irritada. ¿A qué has venido aquí? ¿A insultarnos? ¿Qué quieres?

—Lo que quiero es que este Juan de buen alma me devuelva el billete que tie-

ne, y se quede con este que traigo. El número 777 es pésimo, porque tiene tres sietes, y siete son los pecados capitales.

—De suerte, protestó Genoveva, que pretendes darnos lo peor.

—Lo que quiero es deshacer la picardía.

—Hacerla, dirás, objetó Genoveva.

—Como te parezca, replicó enfadada la solterona; el caso es que me den el otro número.

—¿Y si no te lo damos?

—Nos oirán los sordos.

—Que nos oigan.

—Vamos, Blas, gritó Damiana con imperio, dame el otro billete.

—Hija, murmuró Carranza dirigiéndose á su esposa, dáselo, vale más.

Era tan sumisa Genoveva, que pronto lo sacó del bolsillo; pero irritada por la injusticia, se quedó con él en la mano, y repuso:

—No, ¿por qué hemos de permitir que jueguen así con nosotros? ¿Porque somos pobres?

—¡A ver acá el billete! ordenó Damiana.

—¡No señor!

—¡Sí señor!

—¡Ni ahora ni nunca!

—¡Lo veremos!

—¡Lo veremos!

Mas de pronto, y antes de que Genove-

va pudiera impedirlo, Damiana por medio de un movimiento rápido, arrebató á Genoveva el billete que en la mano tenía, y dejando caer por el suelo el 777, echo á correr á su habitación. Genoveva la siguió con igual rapidez; pero no logró tenerla antes que entrase en su vivienda.

Perpleja se paró ante la cerrada puerta.

Por más disgustada que estuviese, reflexionó al instante lo que podría suceder si don Ignacio llegaba á intervenir en la diferencia: gritos, vociferaciones, tal vez bastonazos, y la policía, y el escándalo. Así que se limitó á gritar por la cerradura:

—Eres mala é injusta, Damiana: no tienes piedad de nosotros; pero Dios nos juzga.

Y llorosa volvió á su vivienda. Al entrar, recogió el número 777 que se había quedado en el suelo, y refirió colérica á su marido lo que había sucedido.

Blas se indignó de pronto y dijo que aquello no podía ni debía quedar así; pero á poco se calmó y procuró tranquilizar á Genoveva diciéndole:

—No tengas cuidado, no te aflijas; al cabo no ha de resultar premiado ninguno de los dos números.

## VI

El siguiente día por la tarde, ocupábase Carranza en trasladar como mejor le era dable la tierra y las plantas de sus antiguos tiestos á ollas y cazuelas de barro que había tomado de la cocina, cuando fué interrumpido en su faena por Genoveva.

—¿Y el billete de lotería? le dijo.

—¿Qué tiene? repuso Blas con indiferencia.

—Es tiempo de cotejarlo. Ayer se hizo el sorteo y deben estar impresas las listas.

—Es inútil, hija, no nos sacamos nada.

—Pero ya que nos lo ha dejado Damiana, es preciso cotejarlo. Puede ser que Dios la castigue, y que resulte premiado el número que ella no quiso.

—¡Hum! dijo Blas con incredulidad. Pues encárgate de eso; estoy muy ocupado.

—Bueno; el estanquillo no está lejos, y la lista debe hallarse pendiente á la puerta. Servirá de dar los buenos días á Conchita, á quien hace años y felices siglos que no veo.

Blas no acabó de oír lo que decía su esposa, porque andaba ya absorto en apuntalar con una vara el tallo quebrado de una planta.

Genoveva se echó encima el manto, y sin verse siquiera al espejo, como hubiera sido natural, dadas su juventud y su hermosura, salió dejando á Lucianito entretenido en destrozar unas estampas.

—Al abrir la puerta, notó que Damiana llegaba en aquellos momentos de la calle con sombrero de plumas, guantes, sombrilla y todo el equipo de los días terribles, y que entraba de rondón en su vivienda cerrando la puerta con estrépito. Dejó pasar unos momentos, y se deslizó por los andenes calladamente y como á hurtadillas.

A distancia vislumbró la lista pendiente á la puerta del estanquillo, impresa en papel duplo y con caracteres gruesos, como es de estilo en los sorteos rumbosos.

—Dios mío, pensó en su interior con humildad, haz que hayamos acertado un premio de cincuenta pesos. ¡No te pido más que cincuenta! Bien sabes que estamos muy necesitados, y que este auxilio extraordinario nos haría muy felices. En realidad, Señor, no serían más que treinta, porque costó veinte el billete.

En el fondo de su corazón abrigaba tímida é inconfesa la esperanza de buen suceso.

Antes de llegar, tuvo tiempo para hacer castillos en el aire. En primer lugar, si Dios la oía, desempeñaría el reloj de Ca-

rranza; compraría después dos vestidos de lana para Lucianito, un gorro, unas chinelas y dos pares de medias; y finalmente, repondría el calzado de su esposo y algunas macetas con plantas de las que había destruido don Ignacio. No se le llegó á ocurrir comprar algo para sí misma, á pesar de estar necesitada de todo. Así llegó á su destino, absorta en su humilde monólogo.

—Buenas tardes, Conchita, dijo acercándose al mostrador y tendiendo la mano á la dueña del comercio.

—Buenas tardes, Geno, contestó ésta recibiendo y acariciando con sus manos marchitas la blanca, mórbida y suavísima que se le ofrecía.

Conchita era una anciana de cabellos blancos, viuda de un capitán santanista; alegre, parlachina y muy aseada. Había sido dejado pobre su difunto esposo y se ganaba la vida vendiendo cigarros, cerillas, timbres de todas clases y billetes de lotería en un local tan reducido, que no tenía más anchura ni elevación que la de la puerta. Era amable por carácter, pero curiosa y palabrera como pocas. Genoveva la conocía bien é iba prevenida para todo.

—¿Por dónde salió el sol ahora? interrogó la anciana.

—¿Por qué lo dice vd., Conchita?....

repuso la joven, mostrando al reír la blanca y fina dentadura.

—Porque se deja vd. ver, Geno. Hace mucho tiempo que no aportaba vd. por acá.

—Lucianito no me deja poner los pies en la calle.

—Y además, la situación ¿no? Sé que don Blas no gana nada.

—No, Conchita, repuso la joven con aplomo; en verdad que no estamos tan mal. Ultimamente hemos tenido nuestros venturoncitos, bendito sea Dios. Aun pensamos dejar la casa donde vivimos; no lo hemos hecho por no separarnos de mi padre.

—La gente, niña, la gente que inventa. Que sea para muchos años y que ustedes prosperen.

—Dios se lo pague, Conchita. Ahora he venido á consultar la lista de los cien mil. Hicimos la calaverada de gastar veinte pesos en un billete.

—Allí la tiene vd. á su derecha, Geno, acaban de traerla.

Al volver el rostro la joven, cayeron al acaso sus ojos en el centro del papel, y allí, con caracteres enormes, en un gran espacio adornado con plecas radiales como rayos de sol, vió el número premiado con el premio mayor.

3,312.

La emoción fué profunda. Le zumbaron los oídos, la sangre se le agolpó al corazón y estuvo á punto de caer.

¡El billete de Blas, el de ellos, el que Damiana se había llevado por la fuerza, ese se había sacado el premio de los cien mil pesos!

Blas, ella y Lucianito habían tenido la dicha en la mano, y les había sido robada. Su miseria, la negra miseria sin esperanza, le pareció ahora más horrible que nunca.

—¡Jesús! ¡Jesús! exclamó Conchita azorada. ¡Geno! ¡Geno! ¿qué le pasa?

Y por encima del mostrador procuró auxiliarla.

—No es nada, contestó Genoveva procurando serenarse; es que me ha emocionado ver que he tenido en mis manos el 3,312, y que si lo hubiese conservado, hubiéramos salido de pobres.

—Lo que no toca, mi alma, lo que no toca; pero ¿quién quita y otra vez!... ¿Ya cotejó vd. su billete?

—Todavía no, Conchita, la emoción me había hecho olvidarlo.

—A ver, démelo, Geno, yo se lo cotejaré.... 777.... A ver los setecientos: 710.... 725.... ¡776!.... Por poco se



sacaba vd. diéz pesos ¡Por un número no les acertó vd.!... Vamos á ver las aproximaciones.... No, no hay nada.... ¡Mire vd. que lástima, Geno, lo siento mucho!

Y diciendo esto, devolvió Conchita á su interlocutora el delgado, trasparente é inútil papel. Genoveva lo cogió sin miramiento y maquinalmente se lo echó ajado en el bolsillo, disponiéndose á salir.

Conchita, dolida de su desconsuelo, la detuvo un momento.

—Es verdad que vd. no se ha sacado nada; pero, en cambio, voy á darle una buena noticia.

—¿Cuál? preguntó Genoveva sabiendo apenas lo que decía.

—Que doña Damianita, la hermana de vd., acertó un buen premio.

„—¿Sí? interrogó otra vez la joven bajo el amago de un nuevo vértigo.

—Sí, continuó la estanquillera juzgando que la emoción de la joven era producida por el júbilo; pero tenga vd. calma.... ¿Por qué está vd. tan nerviosa, niña? ¿Ha recibido noticia de Francia de que venga en camino otra criatura?

Genoveva hizo con la cabeza una señal negativa.

—Pues es extraño, objetó Conchita, porque está vd. muy asustadiza, y cualquiera diría.... Pero, en fin, el caso es

que doña Damianita acaba de irse con un gustazo de primer orden.... No sé cuánto se sacaría, porque no me enseñó el billete, ni siquiera lo traía en la mano. ¡Es muy desconfiada! Se había aprendido el número de memoria para que nadie se lo viese.... Pero seguro fué muy regular el premio que se sacó, porque al ver la lista se le subió á la cara toda la sangre y le brillaron los ojos.... Por más que quiso disimular la alegría, no pudo.... Cuando le pedí albricias, pretendió negarme su buena suerte; al fin tuvo que confesarme la verdad. Me dijo que se había sacado quinientos pesos, y me ofreció darme cinco. No está malo ¿verdad? El uno por ciento, á ser cierto lo que dice.... Ya ve vd., Geno, no les ha ido á vdes. tan mal, porque vd., su padre y su hermana son una misma persona. Lo que es de unos, es de otros. Así pasa en las familias unidas, como la de ustedes.

Para la joven eran aquellas palabras como puñaladas en el corazón; así que, haciendo pucheros y saltándosele las lágrimas, salió bruscamente del estanquillo.

—Tiene vd. razón, Conchita, murmuró al despedirse, tiene vd. razón.

Cuando llegó á su casa se echó á llorar á lágrima viva.

—¿No nos sacamos nada? preguntó Blas.

—Nada.

—Te lo había dicho; pero no llores por eso, mujer. ¿Pues qué llegaste á creer que nos íbamos á sacar el premio gordo?

—No lloro por eso, replicó Genoveva con ruidosos sollozos, sino porque este mismo día hubiéramos debido salir de pobres; Dios lo había dispuesto así.

—No entiendo.

—El número premiado con los cien mil pesos, fué el 3,312, el tuyo, el que nos cogió Damiana.

—¿Cómo? ¿Es cierto? interrogó Blas lívido.

—Cierto, certísimo; anda, ve la lista, anda para que lo veas.

Carranza por la primera vez de su vida sintió los nervios sacudidos por una profunda indignación. Y vociferó diciendo: que había sido robado, que aquello no podía tolerarse, que apelaría á la justicia y que si los jueces no se la hacían, iba á ponerle fuego al mundo. Pero, después de esa explosión, fué cayendo gradualmente en la apatía propia de su poquedad, pero mayor que la de siempre, considerando que su pobreza le inhabilitaba para valerse de abogados, comprar papel sellado y hacer frente á los gastos de un pleito; y sobre todo, que no tenía pruebas del delito.

—Lo que más siento, acabó por decir con voz desfallecida, es el reloj de mi padre. Lo van á rematar en el montepío; me voy á quedar sin él.

Y con las manos hechas puño metidas en los ojos, hizo duo al llanto de Genoveva, como niño crecido y barbado.

## IX

Así fué como quedaron acentuados definitivamente los opuestos destinos de aquellas familias. Porque don Ignacio, económico, buen administrador y listo para los negocios, supo elevar sobre la base de aquellos cien mil pesos, una vasta fortuna, que le ha permitido codearse con los más famosos capitalistas de la metrópoli. Ahora tiene un hermoso "chalet" en la Reforma, y se pasea por Chapultepec en lujoso "landeau" con lacayos de librea, al lado de Damiana, fea y vieja, pero elegante, enguantada y resguardándose del sol con ricas sombrillas guarnecidas de blondas Chantilly.

Entretanto, Blas, Genoveva y su tierno vástago han ido descendiendo gradualmente los escalones todos de la miseria, hasta llegar á los más bajos, tristes y ló-

bregos. Nadie sabe ya de ellos. En su peregrinación dolorosa, han acabado por perderse en la obscuridad y en lo innominado. Inhábiles para resolver los triviales y complicados problemas del alojamiento, la comida y el vestido, sólo Dios sabe si habrán muerto ya, ó habrán hallado abrigo en algún asilo de caridad, ó si andarán de puerta en puerta cosechando harapos y mendrugos.



## EL PRO Y EL CONTRA

A ANTONIO ZARAGOZA.